

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

RODRIGO VALENZUELA CORI

RETÓRICA

UN ENSAYO SOBRE TRES DIMENSIONES
DE LA ARGUMENTACIÓN

© RODRIGO VALENZUELA CORI

© EDITORIAL JURÍDICA DE CHILE
Ahumada 131, 4º piso, Santiago

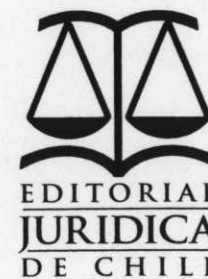
Registro de Propiedad Intelectual
Inscripción N° 182.749, año 2009
Santiago - Chile

Se terminó de imprimir esta primera edición
de 500 ejemplares en el mes de octubre de 2009

IMPRESORES: Editora e Imprenta Maval Ltda.

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE

ISBN 978-956-10-1963-8



www.editorialjuridica.cl

CONTENIDO

<i>Prefacio</i>	9
1. ACCIÓN	15
- Hacer una diferencia	15
- Tres dimensiones de la acción en la polis	18
- El humanista y la acción	28
- Un caso ilustrativo: el abogado desde su hacer	32
- Tres frentes de acción del abogado	38
- También el juez	42
- Cómo mira la teoría el que <i>hace</i>	45
2. TÉCNICA: DIMENSIÓN DE LA LUCIDEZ	49
- Una estética de la estructura	49
- El tono objetivo: la fuerza de las cosas	52
- La visión de mundo: las cosas que son	65
- La visión de mundo: las cosas que pasan	72
- El marco integrador de la lógica: primero el disparo, después el blanco	81
- El marco integrador de la lógica: la luz del <i>logos</i>	88
- Dónde estamos	97
3. POÉTICA: DIMENSIÓN DE LA FANTASÍA	103
- La verdad de la fantasía	103
- El tono comunitario: quiénes somos, quiénes queremos ser	106
- La visión de mundo: metáforas y cuentos	116
- Dónde estamos	133
4. POLÉMICA: DIMENSIÓN DE LA ASTUCIA	137
- El contenido de la acción	137
- Kairos	146

- Astucia	148
- Ethos	151
- Espectáculo	155
- Dónde estamos	158
5. FORMACIÓN DEL ORADOR	161
- Tres advertencias para el retórico en formación	161
- Pensamiento	163
- Efectividad	172
- Poder	174

Un gran desafío es producir acción. El otro es forjar cohesión. Son dos caras de una misma medalla.

Si queremos intervenir el curso de los acontecimientos, por ejemplo en la familia, en el gremio, en la empresa, en el tribunal, en el país, necesitamos la acción de terceros que son libres para no cooperar. Necesitamos que nos apoyen, se nos asocien, voten a favor, nos financien, nos autoricen. Sin esa acción colectiva de varios o de muchos, nuestros emprendimientos, iniciativas o planteamientos de mayor impacto no pasarán de ser buenas intenciones.

Y si queremos que, ante disyuntivas contrapuestas de acción, la comunidad se mantenga unida, por ejemplo que la familia no se quiebre, que el gremio no se desintegre, que el agredido no tome la justicia en sus manos, que el país no se divida, necesitamos cohesión, no obstante la diversidad de intereses, perspectivas y sensibilidades.

Acción y cohesión se necesitan. Sin cohesión, no habrá colectividad que con su acción haga reales nuestros emprendimientos, iniciativas o planteamientos. Sin acciones comunes en torno a emprendimientos, iniciativas o planteamientos, no habrá vivencia colectiva que cohesione al grupo.

Este ensayo es sobre el estilo de pensamiento y lenguaje que produce acción y forja cohesión. Se llama retórica.

Y sí: es *un estilo de pensamiento*. Una de las cosas que me ha mostrado la experiencia en la profesión y en la gestión es que, por lejos, lo más *persuasivo* es el estilo de pensamiento. Llevado al habla, por cierto. Pero no son los aderezos los que mueven al mundo. Esa es *una* de las razones por las cuales ningún recetario de presentaciones efectivas podría ser sucedáneo de la formación de un retórico

que necesita, entre otras cosas, desarrollar y fortalecer una forma de pensar. No estoy diciendo nada nuevo. Ya lo habían dicho hace más de dos mil años Isócrates y Cicerón. Y esto no debiera sorprender, porque argumentar y entender son también dos caras de una medalla: uno piensa argumentándose y uno argumenta *pensando* con el otro. Juan Bautista Vico decía bien que la elocuencia no es sino sabiduría y prudencia llevadas al habla.

Una de las particularidades del estilo retórico de pensamiento radica en su no-linealidad, su carácter dialogal, su soltura casi lúdica. Se entra al asunto desde cualquier ángulo, no de principios a conclusiones; se va y viene entre el detalle y la visión de alto vuelo; lo pertinente o no pertinente no está predefinido, sino que se va viendo en el camino; no es un producto, sino un proceso, por ejemplo no es una inferencia correcta, sino que es *conversar*. El fuero interno es un foro interno, no una calculadora.

Otra de las particularidades del pensamiento retórico es ser un emprendimiento colectivo, no individual; siempre público, nunca privado (aunque uno esté pensando solo en la ducha). No es encumbrarse solo por sobre el populacho ignorante y apasionado para regresar con ideas claras y distintas a corregir los errores de los otros. Es pensar desde los intereses y destinos comunes de la colectividad cuya acción se busca. No es saber comunicar, sino saber aconsejar. No es hablar como mero individuo, sino siempre como ciudadano que representa y participa en los intereses y valores de la comunidad, buscando producir un “nosotros” a partir de la diferencia y la diversidad. En línea con lo que decíamos arriba, es un mismo discurso retórico el que produce acción y forja cohesión.

Pero junto con ser un estilo de pensamiento, la retórica es un estilo de lenguaje. Un particular estilo de lenguaje marcado por el propósito no de describir los acontecimientos, sino de intervenirlos. El retórico no es un contemplativo que busque tener la razón sin importarle ser incomprendido por el mundo. Por el contrario, su compromiso es precisamente que el mundo —su familia, su gremio, su empresa, el tribunal, el país— lo comprenda y *actúe* acorde. No busca, distante y descomprometido, decir verdades. Busca, en medio de la refriega, hacer el bien. Porque las verdades se dicen, pero el bien se hace. La retórica hace, no dice.

La retórica, entonces, no pretende producir razones, sino *hechos*, a saber, ese hecho que es la *acción* colectiva y ese otro hecho que es la *cohesión* de la colectividad. Pero los hechos no resultan de los fundamentos que los explican, sino de las causas que los producen. Por eso, el lenguaje retórico no fundamenta las posturas que ha de tomar su auditorio, sino que *las causa*. No busquemos entonces fundamento en un lenguaje que no es fundado, sino fundante. Dicho de otro modo, el discurso retórico no es *un texto* cuyo análisis lógico o estético tenga mayor interés. Es *un acto* cuyo análisis político es bastante más iluminador. No busquemos el *modus tollens*, o el *non sequitur*, ni siquiera la no contradicción. Miremos, más bien, quién dijo qué, a quiénes, cómo, en qué circunstancias, con qué propósito, con qué efecto.

He ahí un par de escándalos milenarios. Primero, ¡Que la retórica se pretenda pensamiento! ¿Acaso la oratoria no es sólo empaquetado y adorno para un pensamiento que se obtiene de lugares mejores, donde la solidez de la razón se impone sobre las meras conversaciones y opiniones? Y, en seguida, ¡Que la retórica reconozca con desparpajo que ella no fundamenta, sino que *causa* la aceptación de sus auditorios! ¿Acaso hemos de guiar nuestros actos desde la irracionalidad? Retomaremos estos temas.

Pero lo que nadie discute es *la efectividad* de la retórica para generar acción colectiva y comunidad. Este ensayo busca dejar al lector encaminado en lo que no puede ser sino un recorrido personal de desarrollo de ciertas habilidades. “Habilidades” es la idea directriz del ensayo. Pero no se confunda el desarrollo de habilidades con aprenderse recetas. Es cierto que la retórica no es una ciencia. No es un saber. Es un *saber hacer*. Pero tampoco es una técnica. O sea, tampoco es un arte sujeto a reglas. No hay reglas, por ejemplo, para darse cuenta que el contrincante abrió un flanco débil aprovechable en ese preciso instante y ya no un minuto más tarde. Para eso lo que hay no son reglas, sino el buen lidiador. Así como el buen deportista. La retórica no es ciencia ni técnica. Es arte de producción, de producción de una persona, si se quiere de autoproducción. Basta leer la obra de Cicerón para darse cuenta que es por esto que no la llama “La Oratoria” sino “El Orador”. La pregunta del aprendiz no es *qué*, sino *quién*. No es qué va él a aprender, sino quién él va a ser.

Este ensayo está dirigido a todo el que tenga cierta pasión por *hacer una diferencia* y haya descubierto que no hará ninguna. Ninguna, a menos que cuente con el apoyo de terceros que son libres para no cooperar. Hay en el texto múltiples referencias a la actividad del abogado y varios ejemplos de argumentación tomados de sentencias judiciales, no porque el ensayo esté dirigido a abogados, sino porque la actividad del abogado –incluida la del juez– nos permite ver mejor el objeto de estudio al imponerle los estándares que exigen una profesión y la administración de justicia.

En cuanto al estilo del ensayo, podría decirse que sigo las siguientes pautas.

Nos interesa el conocimiento para *dar sentido a lo que vemos* allá afuera y para *ser efectivos en la acción* allá afuera. Insisto majaderamente en lo de *allá afuera* porque el conocimiento es para lidiar con el mundo, no para lidiar con un profesor o con sus exámenes. Creo buena práctica desafiar cualquier teoría con dos preguntas del millón: ¿Da sentido a lo que veo? ¿Da herramientas para ser más efectivo en el mundo? He querido que este libro pueda pasar por ese cedazo.

En seguida, lo que importa es simple. Las complicaciones son confusión o irrelevancia. Hace muchos años, recién iniciando estudios de posgrado en matemática, descubrí que a los profesores de las buenas universidades se exigía anualmente producir un número de publicaciones originales. Ante esa avalancha anual de publicaciones y mi avidez por estar al día, pregunté a mi tutor cómo distinguir la basura original de lo importante original. Me sugirió que, después de leer una publicación, pensara si yo podría explicarle el asunto al primer transeúnte que doblara la esquina. Si no podía hacerlo, era o bien porque yo no dominaba el tema (porque el que no entiende habla en difícil) o bien *porque el planteamiento no era importante* (salvo para jugarretas intelectuales de un puñado de especialistas). Gran consejo. Los planteamientos de este ensayo han sido entendidos y apreciados por más de un transeúnte que dobla la esquina. Lo tomo como señal de ir encaminado hacia lo que importa.

Un corolario: el exceso de rigor confunde las ideas y debilita la expresión. La clave está en definir 'exceso', cosa que es arte y no ciencia exacta. Pero el hecho es que, para ser útil, un mapa

necesita imprecisiones. Si, por el contrario, le agregáramos *todo* el detalle que se distingue y diferencia en el territorio real, ya ni sería mapa ni sería útil. Las imprecisiones, las no-distinciones, son decididamente *mejores* cuando nuestros propósitos de sentido o de acción no necesitan de tales precisiones o distinciones. Hay imprecisiones en este texto. Es bueno que ellas estén ahí.

Por último, no es mi propósito que el lector adquiriera una visión lógica de la argumentación, ni tampoco una que no lo sea; ni una visión dialéctica, ni una neorretórica, ni tampoco todo lo contrario. Mi propósito es más bien incitarlo a involucrarse en los enfrentamientos discursivos de sus particulares comunidades y echar mano de lo que sea necesario para hacerse más efectivo en ellos. Confío en que lo que aquí lea será una ayuda a ese efecto.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

RODRIGO VALENZUELA CORI

RETÓRICA

UN ENSAYO SOBRE TRES DIMENSIONES
DE LA ARGUMENTACIÓN

© RODRIGO VALENZUELA CORI

© EDITORIAL JURÍDICA DE CHILE
Ahumada 131, 4º piso, Santiago

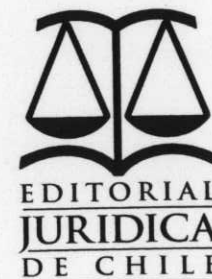
Registro de Propiedad Intelectual
Inscripción N° 182.749, año 2009
Santiago - Chile

Se terminó de imprimir esta primera edición
de 500 ejemplares en el mes de octubre de 2009

IMPRESORES: Editora e Imprenta Maval Ltda.

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE

ISBN 978-956-10-1963-8



www.editorialjuridica.cl

ciudad *son*. Cualquiera sea el tamaño de sus bibliotecas y la erudición de sus individuos, una colectividad sin tradición institucional de enfrentamiento polémico y sin oradores formados en el debate, carece de un contenido que no se sabe, sino que se encarna. Lo podemos llamar politización o, tomando un sinónimo de raíz latina, civilización.

5. FORMACIÓN DEL ORADOR

TRES ADVERTENCIAS PARA EL RETÓRICO EN FORMACIÓN

Como la retórica no es un armario de trucos a aprender, sino un camino de desarrollo a recorrer, lo más útil que podemos ofrecer a quien siga la senda no es una colección de tretas útiles para sus discursos, sino algunos consejos para su viaje. Como el camino abunda en señales engañosas, varios consejos son en realidad advertencias. He aquí tres.

Ante nada, la retórica no es sólo un estilo de discurso, sino también un estilo de pensamiento. En seguida, es un estilo de pensamiento que se funda no en razones, sino en la efectividad de la oratoria. Finalmente, es un estilo de pensamiento y oratoria que no persigue ideal alguno de conocimiento, sino un ideal de poder.

He ahí tres advertencias que son tres escándalos: la retórica, tan voluble y mercenaria, pretende ser pensamiento y no mero adorno; se apoya en la efectividad, no en razones; y se orienta a lograr poder, no verdad ni virtud. Las tres advertencias son importantes para que el retórico no yerre el camino de su formación.

La primera sirve para que el aprendiz —todos lo somos— no se pierda bajo el griterío comerciante de los vendedores de aderezos, joyas de fantasía, perfumes baratos, ropa que realza la figura, y otros afeites tales como cursillos de presentación efectiva, lecciones de expresión corporal, clases de liderazgo, todo lo cual ha sido venta exitosa en los bazares de todos los tiempos. En esto coincido con Platón: los perifollos de todo tipo, “colores, esmaltes y ropas, hacen a los hombres mostrar una belleza espuria olvidando la

verdadera belleza que es dada por la gimnasia".⁸⁵ ¡Haga entonces su gimnasia el aprendiz de orador! Desarrolle el *pensamiento* retórico, no la decoración que pobremente lo simula.

La segunda advertencia, evita que el aprendiz confunda la retórica con la parodia en que ella es presentada como pariente respetable, pero pobre, de la lógica. En esa parodia se la saca de su medio natural, que son los enfrentamientos en la ciudad, para traerla al pizarrón de la sala de clases; se la despoja de su calidad de acto, para examinar sus restos mortales como texto; en seguida, se meten esos restos textuales en la jaula de la lógica para ver cuán bien caben, concluyéndose que la jaula le sienta no completamente, pero sí razonablemente. La retórica, entonces, se presenta como una lógica *light*, diciendo por ejemplo Aristóteles que "los entimemas... son la sustancia de la persuasión retórica"⁸⁶ o diciendo Perelman dos milenios y medio más tarde que la persuasión retórica se logra mediante argumentación, quizá no *necesaria* como la de la lógica, pero aspirando no obstante a ser *universal*. Sin embargo, cualquier abogado sabe que no combate sólo con argumentos, sino con *performance*; ni reduce su discurso persuasivo a silogismos, sino fuertemente a cuentos y metáforas; ni diluye su efectividad con desvíos o desvaríos para convencer a un auditorio universal, sino que se enfoca en lo necesario y suficiente para convencer al auditorio concreto que resolverá el asunto por el cual se ha comprometido a ayudar profesionalmente a alguien. Recuerde entonces el caminante que la retórica es combate cívico, no juego de salón, y que la práctica social de la argumentación existe desde mucho antes que algún filósofo o lógico se haya puesto a pensar si el asunto cabía en alguno de sus moldes regales.

Y la tercera advertencia, sobre búsqueda no de un ideal de conocimiento, sino de poder, evita que el aprendiz sea domesticado

⁸⁵ *Gorgias* 465. Platón no aprobaría el uso que estoy dando a su cita. De hecho, él usa esta metáfora para atacar a la retórica como remedo falso de la justicia. Yo la estoy usando para acusar el mero adorno del discurso como remedo falso de la retórica.

⁸⁶ Aristóteles, *Retórica*, 1354^a 10-19. Los entimemas son silogismos incompletos en que el auditorio es inducido a colocar la premisa o conclusión que falta. O sea, para Aristóteles lo sustancial de la retórica sigue siendo el silogismo lógico, sólo que este pariente pobre que es la retórica se toma la libertad estilística de no explicitar todas sus partes dejando la tarea en manos del auditorio.

y tornado inofensivo con los cantos de sirena de una retórica pasteurizada, despolitizada, transmutada en curriculum políticamente correcto de artes liberales de esos que arrojan un "humanista" respetado que habla bien, sólo capaz de reproducir cultivada e ingeniosamente los estándares existentes de representación o valoración de las cosas, pero no de desestabilizarlos.

Es interesante notar que las tres advertencias apuntan a tres maneras en que históricamente se ha buscado someter la retórica: quitándole legitimidad mediante su reducción a accesorio decorativo; quitándole armas de combate mediante su reducción a lógica informal; quitándole finalidad mediante su reducción a cultura y moral de salón. Son las señales engañosas en el camino. En torno a estas tres advertencias he ordenado las tres secciones que siguen: pensamiento, efectividad y poder.

PENSAMIENTO

Contrario a la creencia popular, la retórica no es hablar bonito: es una manera de pensar. Es una máquina de hacer ideas y no un ropaje accesorio para sólo *presentarlas*.

Isócrates lo decía así:

"...los mismos argumentos que usamos para persuadir a otros cuando hablamos en público, empleamos también cuando deliberamos en nuestros propios pensamientos; mientras llamamos elocuentes a quienes pueden hablar ante una multitud, consideramos sabios a quienes muy hábilmente *debaten* los problemas en sus propias mentes".⁸⁷

Interesante vínculo entre retórica y sabiduría el que menciona Isócrates. Algo más de dos milenios más tarde, Juan Bautista Vico veía en el retórico una combinación de *sapientia*, *prudentia* y *eloquentia*, donde la elocuencia no era adorno, sino, simplemente, la sabiduría y la prudencia expresadas en el habla. Esto puede sorprender a quien todavía sea víctima de nuestra herencia cartesiana, imaginándose el pensamiento como una mecánica para extraer conclusiones a partir de primeros principios, y no como el juego

⁸⁷ *Antidosis*, 256-257. Cursivas agregadas.

de espejos y reflejos que realmente es. Pero, con sólo un poco de introspección, el lector verá fácilmente que nuestro fuero interno es un *foro* interno, no un computador. Para pensar necesitamos las habilidades del debate interior, no las del cálculo.

Estas diferentes maneras de *pensar* –la del que piensa debatiendo y la del que piensa calculando– suelen dar lugar a los típicos y simpáticos desencuentros entre, por un lado, abogados esgrimiendo que “si bien es cierto, no es menos cierto...” y, por el otro, ingenieros esperando impacientes que se les responda si las cosas son o no son. De más está decir que estas diferencias son caricaturas, porque ningún ser humano *es* su profesión.

El hecho es que el retórico en formación no llegará lejos si solamente pretende trabajar su virtuosismo verbal. Sólo en sus momentos de mayor decadencia, hacia fines del siglo XVII, la retórica fue reducida a pirueta verbal. Fue la época de la lengua ágil en el salón aristocrático; la época de Cyrano de Bergerac que, reconociendo la ineffectividad de sus actos los alababa igual diciendo “¡Pero qué gesto!”; es la época de las *preciosidades* –damas de alta sociedad educadas para conversar refinadamente con agudezas y sutilezas– satirizadas por Molière en *Les Precieuses Ridicules*.

Tradicionalmente la retórica se ha entendido compuesta *unitariamente* tanto de una forma como de un fondo, ambos entrelazados inseparablemente; se ha entendido compuesta tanto de *verba* (estilo, elocución) como de *res* (memoria, invención, composición).⁸⁸

Hablemos entonces de *res*: memoria, invención y composición.

Hoy se ha desprestigiado la memoria. Peor: se la ha *olvidado*; se recuerda mal su propósito, confundiéndola con retención de datos para posterior regurgitación. Así olvidada y malentendida, no sorprende que muchos vean su ejercicio como una práctica arcaica en un mundo colmado de bases de datos y archivos accesibles en segundos. Dos o tres palabras en un buscador, un par de clicks en algunos *hyperlinks* y estamos: tenemos el dato que

⁸⁸ Ya antes de los tiempos de Cicerón los instrumentos para hacer frente a las elevadas exigencias de la retórica habían decantado en una conocida quina: *memoria, inventio, dispositio, elocutio y pronuntiatio*. Las primeras tres propias del fondo, las últimas dos de la forma

necesitábamos. ¿Para qué competir nosotros con la retención perfecta de la memoria de silicona? Más bien, dejemos que el papel y las máquinas memoricen por nosotros, y destinemos el tiempo así liberado a *lo opuesto* del trabajo de la memoria, que es el trabajo creativo.

Gran error. No hay creatividad sin memoria. Porque la memoria no es una bodega desordenada de datos. No es cierto que “si tuvieras toda la información del mundo directamente ligada a tu cerebro, estarías mejor”, como dijo a Newsweek el año 2004 Sergey Brin, un fundador de Google que, de seguro, no había leído *Funes el Memorioso*.⁸⁹ Porque el volumen y la desconexión degradan la información convirtiéndola en ruido. Tener memoria no es ser una enciclopedia viviente, sino una concordancia viviente. Y la función última de esa concordancia no es retener, sino *crear*: el inventario es para inventar. La memoria no ayuda a guardar ideas, sino a *hacerlas*, porque uno no *tiene* ideas, sino que *las hace*. La memoria es una máquina de hacer ideas. En última instancia, la memoria no es sobre el pasado, sino sobre el futuro. Por eso Mnemosyne es la madre de todas las Musas.

La memoria del orador nunca ha sido para aprenderse al pie de la letra los discursos. De hecho, hacerlo así ha sido siempre mala oratoria. La señal de maestría en la oratoria ha sido siempre hablar elocuentemente *ex tempore*. La memoria del orador nunca fue arte de recitación, sino *de invención*, para actuar improvisadamente en el debate ante interrupciones y preguntas. La memoria es herramienta de *composición*, vale decir, de lo que hoy llamaríamos imaginación y creatividad.

No la imaginación y creatividad que configura y extiende visiones puramente individuales (que no existen), sino la imaginación y creatividad apoyadas sobre los intereses y destinos comunes de la colectividad cuya acción se busca. No es pensar como mero individuo, sino siempre como ciudadano que representa y participa en los intereses y valores de la comunidad, buscando producir un “nosotros” a partir de la diferencia y la diversidad. La memoria de cada cual, día a día, va dando forma personalizada a esos intereses, valores y destinos comunes.

⁸⁹ Cuento de Jorge Luis Borges acerca de la pérdida de sentido producto de la retención de todo.

Hoy uno suele comprar sus herramientas. Pero la memoria –esa gran herramienta para hacer ideas– no se compra. La construye uno mismo, así como en el medioevo el artesano fabricaba sus pergaminos, sus pinceles y sus pinturas. Y, por cierto, la herramienta resultante nunca será mejor que lo que permita la habilidad del obrero. ¿Cómo fabrica el aprendiz de retórico esa poderosa herramienta que será su memoria?

Lo primero a tener presente es que la memoria no es acumulación de datos, sino construcción de redes de sentido. Por lo mismo, el gran vicio de la memoria no es el olvido, sino el desorden. La memoria es construcción de redes de sentido que organizan datos (y también ficciones, porque a menudo importa menos la fidelidad de un recuerdo que su utilidad), mediante metáforas, cuentos, conceptos, relaciones lógicas y otras asociaciones establecidas según las similitudes que vemos entre las cosas y también según nuestros particulares propósitos y las emociones más o menos intensas que a menudo los acompañan, porque el sentido que damos a las cosas surge a menudo más de nuestras intenciones que de nuestras descomprometidas observaciones. En la Edad Media se hablaba de *similitudo et intentio* como criterios de organización de la memoria. Sobre esta base vamos construyendo, cada uno, nuestra memoria individual, que no es sino una versión personal, comprometida y utilizable de nuestra herencia cultural. Ante cada desafío retórico, apelamos a esa memoria moviéndonos con soltura lúdica por las cadenas asociativas que hemos establecido, utilizando vínculos consolidados y también creando nuevos, materiales todos con los cuales *hacemos* ideas para enfrentar la situación.

Teniendo claro el orador que la memoria no se fabrica acumulando datos, sino construyendo redes de sentido, entonces, cual artesano medieval, va construyendo esas redes de sentido *mediante la reflexión*. Quiero destacar que la reflexión que construye la memoria contribuye a *producir al propio orador*, porque las redes de sentido que ella gradual y constantemente va asentando, enriqueciendo y transformando, no son algo que el orador termina sabiendo, sino algo que *lo va constituyendo*. El orador no anda trayendo a cuestas un listado de redes de sentido para consultar por materia cuando lo necesite. De hecho, buena parte de ellas no afloran en su conciencia sino hasta que necesita utilizarlas, momento en el cual las

‘descubre’. La creatividad ayuda a la memoria ya preparada. Las redes de sentido forman parte de lo que el orador *es*, así como las conexiones entre sus neuronas también forman parte de lo que él es. El orador que no haya formado sino débiles redes de sentido adolece de una falta de nexos culturales que paraliza su acción retórica, porque la retórica es, antes que nada, un arte de composición que se nutre de esas redes de sentido.

Un gran desafío para el aprendiz de orador es que la reflexión encuentra poca acogida y poco espacio en la vida contemporánea. Es que hoy en día se celebra la alta velocidad, y el problema de la reflexión es que toma tiempo. Toma tiempo porque la creación de sentido es lenta.

Admiramos los horarios copados. Aplaudimos el *multi-tasking*, ese hábito tan *moderno*, tan *ejecutivo*, consistente en hacer dos cosas a la vez, como simultáneamente ver televisión y leer el diario, o en una reunión a la vez escuchar a quienes hablan y revisar correos atrasados en el *Blackberry*; todo –se pensaría– para evitar dejar espacio alguno de reflexión acerca de lo que en ese momento se está haciendo. Esta idolatría de la *agitación* –a no confundir con la *acción*– alcanza también a los más pequeños, preparándolos mal para saber algún día hacerse los espacios de reflexión que necesitarán. Vi en alguna parte una caricatura en que aparecen dos niñas pequeñas esperando el bus del colegio, cada una con su agenda y un lápiz en la mano. Una le dice a la otra: “Ya... entonces yo corro una hora mi clase de ballet, reprogramo gimnasia y cancelo piano... y tu corres tu clase de violín para el viernes y te saltas la práctica de hockey... y eso nos deja entre las 3:15 y las 3:45 el miércoles 16 para jugar”. La reflexión requiere tiempo libre para jugar con las ideas. Requiere más ocio y menos *negocio*.

El pensamiento apurado de una vida agitada (no necesariamente activa) deviene superficial, meras *cuñas* enfocadas en los temas llamativos del momento, clichés tan apresurados como banales. La reflexión, en cambio, va construyendo gradualmente perspectivas novedosas, relaciones inesperadas y distinciones sutiles, mediante la paciente disciplina de recordar y revisar experiencias; reevaluar lo escuchado y desafiar lo pensado; vincular lo que parecía incoherente y disociar lo que parecía unido; escudriñar detalles, pero también tomar perspectiva; probar teorías y remozar visiones de

mundo; todo lo cual tiene un vaivén y un ritmo que impacienta al que no tiene tiempo que perder.

La agitación no tiene tiempo sino para el *dato preciso* y mira a la ambigüedad como un desperfecto que entraba la manipulación rápida de información. Pero sucede que *la reflexión se gesta precisamente en la ambigüedad*. Incluso cuando reflexionamos acerca del dato preciso, le quitamos su filo cortante al problematizar sus implicancias. Y toma tiempo y tranquilidad de espíritu percibir ambigüedades sugerentes y jugar con ellas hasta que vayan adquiriendo forma y mostrando consecuencias.

La *noticia* es instantánea, pero no lo es entender *qué pasa*. Eso requiere situar la noticia dentro de un cuento que le dé sentido, y armar cuentos toma tiempo. Los cuentos que la prensa ofrece no nos libran del esfuerzo narrativo personal, porque son muchos, contrapuestos, unos rebuscados, otros banales, y quien quiera dar sentido al mundo necesita decantar el cuento propio, tomando los ajenos como mero suplemento de datos.

Internet y los medios suministran información con eficiencia industrial. El problema es que *la información que no necesitamos es ruido*. No es que en algún sentido absoluto esta o aquella información específica sea ruido. El ruido es un concepto relativo. Tu música puede ser mi ruido. Lo peligroso es que el ruido impide escuchar la música que busco. Es difícil en una sala entender la conversación que me interesa en medio de todas las demás conversaciones que, por importantes que sean para otros, para mí son ruido. Incluso el ritmo vertiginoso de expansión de *mi propia* conversación puede ahogar mi reflexión. Por ejemplo, ante cualquier asunto de *mi* interés, puedo fácilmente sacar veinte *printouts* de Internet. Cincuenta y cien también. Urgido por extraer *rápidamente* metal a partir de tanto mineral de baja ley, puedo pasarme la vida escaneando, zappeando, hojeando, saltando de una cosa a otra, fabricándome con ello no una memoria, sino una indigestión crónica con datos que no alcanzo a asimilar para que contribuyan a mis redes de sentido. La alternativa es detenerse a rumiar, mascar, dar vueltas *a unas pocas cosas*. Paradójicamente, eso requiere redes de sentido ya formadas que ayuden a seleccionar aquellas pocas cosas que escogeremos para digerir. Y una vez hecha la selección, la reflexión supone dedicar tiempo a examinar, ponderar, madurar, especular, incluso soñar,

todo lo cual quita tiempo para seguir escaneando, zappeando, hojeando y –¡Horror!– arriesgándose con ello a no ser una ‘persona informada’.

Algo similar suele ocurrir a los alumnos de nuestras aulas universitarias. Las clases pasivas en que reciben información que después regurgitan –degradando *mneme* a *mimesis*– responden bien al propósito de darles el máximo de datos en el mínimo de tiempo.⁹⁰ El profesor da respuestas a preguntas que ellos no han formulado, lo que ya deja sin su necesario anclaje personal las redes de sentido de una verdadera memoria. Y, más encima, los alumnos tampoco alcanzan a darle mucho sentido a la información no solicitada que van recibiendo en clases. Porque se les entrega información a alta velocidad en tanto que la formación de sentido, como decíamos, es lenta. Es como si la universidad vertiera sobre ellos, con una manguera de bombero, miles de piezas sueltas de un rompecabezas que ellos van tratando de armar, pero el flujo de piezas les sigue lloviendo a cántaros quedando a final de año muy poco rompecabezas que hayan alcanzado a armar, a falta de lo cual ellos y el profesor se resignan a asegurar memorización de las piezas sueltas. Recibir y regurgitar las piezas sueltas es rápido. Como nos gusta hoy. En cambio armar con ellas una figura de rompecabezas que tenga sentido es lento. No hay tiempo.

Para colmo de males, una vez construida una memoria, una vez establecidas unas redes de sentido, el trabajo de reflexión sobre lo ya acopiado no termina. Hay quienes piensan que nuestra comprensión de las cosas, el sentido que damos al mundo, es estable. No es así. Se degrada. Nuestras propias ideas, ayer novedosas, se tornan estereotipos; nuestros ritos devienen formalismo; nuestra fe deviene dogma. Así, por ejemplo, alguna vez el empresario encontró una interesante red de conexiones, llamada ‘análisis FODA’,⁹¹ para incorporar, comprometer y así mo-

⁹⁰ *Mimesis* es simple imitación, copia. *Mneme* es el arte de la memoria para “pensar acerca de”, un arte de modelos y patrones.

⁹¹ Aproximación al análisis estratégico inventada hace unos cuarenta años, basada en el examen de fortalezas, oportunidades, debilidades y amenazas (FODA). Es una típica estructura de sentido en la cual se puede ir encasillando en las cuatro categorías antedichas información dispersa leída u observada acerca de la empresa. Su particular gracia fue la sencillez del instrumento y la facilidad de su uso para for-

vilizar a sus ejecutivos en torno a una estrategia configurada por todos; hoy, cual disco rayado, comienza cualquier reunión con su análisis FODA que ya no mueve a nadie. Alguna vez descubrió el sentido de tener con ciertos gerentes reuniones de planificación semanal todos los lunes a primera hora, una práctica entonces energizante que generó mucha acción productiva; hoy el rito se tornó formalidad carente de toda energía y utilidad. Alguna vez movilizó a los empleados con su fe en el efecto motivador de ciertos comportamientos, lo que hoy se ha convertido en dogmático control policíaco del cumplimiento de un código de conducta. La necesidad de reflexión, entonces, es permanente, incluso para reconsiderar lo ya reflexionado.

La lectura reflexiva es una tremenda fuente de redes de sentido. Claro está que tiene un ritmo otro que el de lectura de un *best seller*. Constituye un instrumento inigualable de reflexión acerca de la propia experiencia. La literatura, la historia, las biografías, la correspondencia, todas ofrecen una fuente inagotablemente diversa de experiencias particulares de otros, reales o ficticias, acerca de cómo entender lo que acontece, lo que esta en juego, lo que ha de hacerse y cómo se ganan o cómo se pierden voluntades para hacerlo. También es útil la lectura de teoría, con tal que se la tome por lo que es: un instrumento de ordenación de sentido y no una camisa de fuerza. La acción del orador ante las particularidades del caso concreto requiere libertad de movimiento, no ataduras y, a ese efecto, un acervo de teorías diversas es de gran valor en cuanto abanico de opciones. Toma tiempo que todas estas lecturas se vayan complementando y entrelazando, que vayan constituyendo redes, a menudo de maneras inesperadas, para decantar en un *acervo cultural operativo*, esto es, *utilizable* ante situaciones concretas que enfrentamos y que nos permite postular, de manera a la vez más fina y abarcadora, qué acontece, qué está en juego, qué ha de hacerse y, todo ello, de una manera que mueva a los auditorios pertinentes a la acción.

zar en grupos un debate estratégico y, por esa vía, lograr compromiso colectivo con las conclusiones. Fue complementado (o 'superado', según los más influenciables por las modas) en los años posteriores por las más diversas y diferentes maneras de dar sentido a la situación de una empresa (cinco fuerzas de mercado de Porter, alineación de 7S de McKinsey, etc).

Cicerón lo decía así:

“¿Creen ustedes que yo podría encontrar inspiración para mis discursos cotidianos sobre tan amplia variedad de tópicos, si no cultivara mi mente con estudio?... Soy devoto de la literatura y lo confieso sin vergüenza; la vergüenza recae más bien sobre el recluso libresco que no sabe aplicar sus lecturas al bien de sus congéneres o manifestar sus verdades ante los ojos de todos. ...mi devoción a las letras fortalece mis poderes de oratoria y estos, tal cual son, nunca han fallado a mis amigos en su hora de necesidad”.⁹²

Finalmente, más allá de la reflexión acerca de lo visto, escuchado y leído, está la reflexión acerca de lo vivido. ¿Cuántas de nuestras dieciséis o dieciocho horas diarias de vigilia las pasamos *solos*, sin leer, ni ver televisión, ni navegar por Internet, ni escuchar radio, simplemente revisando el día? Probablemente muy pocas, si es que alguna. ¿Y cómo no nos vamos a tropezar con la misma piedra mañana si ni siquiera nos dimos el tiempo para tomar conciencia que fue esa piedra lo que nos tropezó hoy? Uno no aprende de los éxitos y fracasos vividos, sino de los *revividos*; esto es, los que uno después revive reflexivamente con el desprendimiento y la perspectiva del observador lejano, agregándose a nuestra memoria el producto de esa reflexión. La formación del retórico requiere además, de manera muy especial, revivir reflexivamente los éxitos y fracasos vividos en los enfrentamientos agónicos de las comunidades en las cuales actuamos.

La retórica no es adorno: es un estilo de pensamiento. Es memoria, invención y composición. *Es memoria* que configura y reconfigura una versión personal y utilizable de nuestra herencia cultural. *Es invención* de ideas para el caso concreto, a partir de las redes de sentido que estructuran la memoria. Por cierto, la calidad de esa inventiva dependerá de la calidad del inventario. Y *es composición* que, apoyada en la memoria y la invención, constituye una visión sabia y prudente de la situación que se enfrenta. Esa visión sabia y prudente, puesta en palabras se llama *elocuencia*.

⁹² Cicerón, *Pro Archia Poeta*, 12-13.

EFFECTIVIDAD

Pero la retórica no es *sólo* memoria, invención y composición. Es también inseparablemente estilo y elocución. Porque el orador no fundamenta posturas para el auditorio, sino que *causa* posturas en el auditorio. Su discurso no es un listado de datos y razones que fundamente un planteamiento para que el auditorio lo acepte, sino que su discurso *es un acto* que causa esa aceptación en el auditorio.

El acto del orador que causa la aceptación del auditorio puede incluir, claro está, listados de datos y razones. Recordemos, sí, que la selección de esos datos y la configuración de esas razones son inevitablemente anguladas, un juego de simulaciones y disimulaciones, de modo que su fuerza como fundamento es tan discutible como lo es digna de admiración su fuerza retórica. Pero el acto del orador conlleva también metáforas y cuentos que irradian sentido aunque nada fundamenten; tonos, gestos y actitudes que no sostienen proposición alguna, pero seducen; credibilidades profesionales o éticas que no dan base a una postura, pero dan confianzas personales para aceptarla; identificaciones con el orador que hacen al auditorio sentir como propios los propósitos de aquel.

Como es obvio, el acto de oratoria que causa apoyo del auditorio con el sentido que pinta, con lo seductor del espectáculo, con la credibilidad del orador, con las identificaciones logradas, no tiene fundamento, sino que funda. Es ese el poder ideológicamente constitutivo de la retórica. Podríamos parafrasear útilmente a Juan de la Cruz: *su fundamento no lo sabemos, pues no lo tiene, mas sabemos que todo fundamento de ella viene*. El acto de oratoria no se evalúa entonces por lo fundado, sino por lo fundante. Por eso es inconducente pretender reducir el discurso retórico a una suerte de discurso lógico menos exigente, informal, reconstruible correctamente si explicitamos sus subentendidos. Es inconducente porque el discurso retórico es un acto originario, no un texto derivado; por lo mismo, es más escrutable mediante la observación política que a través del análisis lógico. El estudiante ante un discurso no se pregunta, entonces, por el texto, sus cadenas inferenciales y su validez; sino que se pregunta *quién* dijo *qué*, *cómo*, a *qué* auditorio, en *qué* circunstancias, con *qué* propósito, con *qué* efecto.

Y se preguntará también qué ha de estudiar el orador, que le sirva en estos actos de oratoria tan situados; tan necesariamente diferentes unos de otros; tan dependiente su estrategia en cada ocasión de quiénes sean las personas, las circunstancias, los propósitos; tan necesitado de complicidad con la realidad de cada lugar y momento. Semejante estudio parece, con justa razón, un imposible. Pero lo que pasa es que la pregunta que necesita formularse no es *qué*, sino *quién*; no qué se ha de estudiar, sino quién ha de ser el orador.

Cuando llega Sócrates con su joven amigo Hipócrates donde el retórico Protágoras, a quien el joven quiere pagar para recibir enseñanza, Sócrates pide a Protágoras que diga al joven qué ofrece enseñar, y se da el siguiente diálogo:⁹³

Protágoras: Joven [dirigiéndose a Hipócrates], si te asocias conmigo, el mismo primer día regresarás a casa hecho *un mejor hombre* que el que vino, y *mejor* el segundo día que el primero, y *mejor* cada día que lo que *fuiste* el día anterior.

Sócrates: ...te ruego respondas de otra manera —explicaré cómo con un ejemplo. Supongamos que Hipócrates en lugar de buscar tu apoyo, buscara el de Zeuxipo de Heraclea ...y supongamos que le pregunte '¿En qué seré yo mejor con tu apoyo?'— Zeuxipo respondería 'En pintar'. Y supongamos que Hipócrates fuera donde Ortágoras el Tebano y le preguntara '¿En qué seré yo mejor día a día?', aquel respondería 'En tocar la flauta'. Ahora, quisiera que tú des el mismo tipo de respuesta... ¿En qué, Protágoras, será él mejor, y respecto de *qué*?

Como se ve, donde Sócrates pregunta *qué*, Protágoras responde *quién*. Donde Sócrates quiere escuchar que se enseñarán las reglas de un arte u oficio, Protágoras ofrece formar una persona. Donde Sócrates habla de una materia, Protágoras habla de un saber incorporado, habla de *producción de sí mismo*.

Prepárese entonces el aprendiz de orador para no medir su progreso en base a las reglas que va conociendo, sino en base al

⁹³ Platón, *Protágoras*, 318-319. Cursivas mías.

orador que va deviniendo. No mire con satisfacción su cuaderno de principios y reglas descontextualizados que no ofrecen maestría más que en el arte de ser exitoso en la escuela. Mírese más bien él mismo, y observe el progreso de su *efectividad* en la acción en familia, universidad, empresa, gremio, grupo político, esto es, en las calles de la ciudad. No hay otra prueba o examen pertinente. Formación del orador y vida cívica son inseparables. Pocas cosas ayudan más al orador en formación que ser expuesto a contradicción en las múltiples instancias de enfrentamiento discursivo que ofrece la ciudad. Afortunadamente, las oportunidades de práctica, reflexión sobre esa práctica y preparación para la siguiente son inagotables, porque a diario estamos involucrados en la producción de discurso persuasivo.

¿Algún consejo más específico sobre estilo o elocución? Pues de eso ya hay bastante en el ensayo que ahora concluye. En cuanto al desarrollo de estilo, un repertorio efectivo que, en mi experiencia, cubre las exigencias de cualquier ocasión, son los estilos técnico, poético y polémico. De ellos hemos elaborado lo suficiente para encaminar al interesado en sus propias exploraciones de cada uno. Parte importante del desafío, claro está, es saber qué combinación de ellos usar en cada situación. Y sobre la elocución misma también hemos elaborado, destacando los roles de la *astucia* (la inteligencia de la elocución retórica), y de *kairos* (el tiempo de la elocución retórica). Por último, sobre todo lo anterior gravita la efectividad del *ethos* del orador.

PODER

Tradicionalmente se ha acusado al retórico de hacer más fuerte la posición más débil.⁹⁴ Es una manera escueta de decir que la retórica prescinde de todo estándar, norma o límite otros que la efectividad. De manera un poco más elaborada, Tácito lo dijo así:

“El arte que es objeto de nuestro discurso no es un arte quieto y apacible, o uno que encuentre satisfacción en el valor moral o en el buen comportamiento; no, la oratoria de

⁹⁴ Por ejemplo, Platón, *Apología* 18b; 19b-c; Isócrates, *Antidosis*, 15.

real grandeza y fama es hija adoptiva del libertinaje, que los hombres necios llaman libertad, cómplice de la sedición, un aguijón para el populacho desenfrenado. No debe lealtad a nadie. Carente de disciplina, es insultante, despreciativa, despótica. Es una planta que no crece bajo una constitución bien regulada”.⁹⁵

Paradójicamente, ese quiebre con los estándares, normas y límites suele ser el único camino para hacer efectiva una opción *moral* por encima de una barrera de convenciones intelectuales y valóricas que dejaron de serlo. Porque los estándares, normas o límites, tan útiles para diferenciar el acierto del error, y lo bueno de lo malo, desenmascarando así la falacia y el pecado, tienen doble filo: en la teoría son el instrumento de todas las claridades, pero, en la política, son el instrumento de todas las dominaciones.

Es importante que esto lo sepa quien recorre el camino del orador, a fin de no caer en la trampa de estas acusaciones que buscan inhibirlo en el uso de sus propias armas.

Un cierto entendimiento de lo que es un hombre y del valor de la vida puede contar con lúcidas explicaciones y satisfactorio sentido moral, pero, traída esa visión al mundo a modo de –digamos– prohibición o limitación del aborto, constituye dominación de unos sobre otros que entienden y valoran de otra manera al hombre, su libertad y la consideración debida a las diferencias sociales de oportunidad. Un cierto entendimiento de la propiedad en términos de señorío abstracto y excluyente sobre las cosas, irradia claridad, pero, traído al mundo como –por ejemplo– visión de gobierno corporativo centrado en los accionistas, constituye dominación de los dueños, que deciden de manera exclusiva desde los nuevos emprendimientos hasta el cierre de su empresa, por sobre quienes por no ser dueños nada deciden, digamos, pescadores vecinos cuya subsistencia depende de la limpieza de las aguas o empleados cuya subsistencia depende del trabajo que hacen para la empresa.

Todo orden de conocimiento, con sus estándares, normas o límites, está ligado a un orden político. Y todo orden político, apoyado en esos estándares, normas o límites, conlleva la dominación

⁹⁵ Diálogo sobre la oratoria, 40.

de unos por otros, porque para ser orden necesita obviamente encauzar, normar o limitar —o sea, pasar por encima de— las aspiraciones de algunos. Inevitable, necesario y *bien*. Hasta que, tal vez después de un tiempo de gradual desgaste o repentinamente ante una situación imprevista, algunos se sienten sofocados por aquel orden y buscan cambiar los estándares, normas o límites.

Pues bien, subvertir el discurso dominante requiere normalmente ganar *por afuera* de la cancha que ha sido rayada por la dominación, ya que, dentro de esa cancha, la construcción angulada de los principios, valores, reglas e instituciones que la sostienen, no permite al que juegue el juego más que reformular o re-presentar las mismas perspectivas de la dominación. Ya vimos en capítulos anteriores como el poder de simulación y disimulación de estos juegos que iluminan lo que se quiere iluminar y ocultan lo que se quiere ocultar, definen con marcado sesgo los hechos que supuestamente son, los valores que supuestamente están en juego, los problemas que supuestamente debemos resolver y las herramientas supuestamente aceptables para resolverlos. Si a estas astucias del discurso dominante que enmarca nuestro pensamiento, agregamos el correspondiente andamiaje institucional que sesga nuestras correspondientes prácticas —tales como metodologías de trabajo que legitiman cierto tipo de estudios, pero no otros, criterios de respetabilidad de ciertos currículos, divisiones departamentales de la academia que canalizan la mirada por ciertos derroteros y no por otros, criterios para financiar ciertos proyectos de investigación y no otros—, entonces vemos que el juego dominante ni siquiera puede ponerse en juego porque *es* el único juego aceptable dentro del cual se juegan las diferencias. El juego dominante no es *algo* que pensamos y valoramos, sino que es *cómo* pensamos y valoramos. Entonces, a quien quiera cambiar las conclusiones y consecuencias del juego no le queda otra que negarse a jugar el juego.

Negarse a jugar el juego consiste en interpelar de manera inesperada al auditorio, rompiendo el protocolo de las conversaciones; consiste en salirse de la agenda e ignorar el estilo; consiste en seducir al auditorio para que se olvide de la cancha y sus rayados, y vea directamente el mundo que el orador pinta, quiera el mundo diferente que el orador ofrece, y confíe en el orador mismo lo suficiente para aventurar un salto por encima

de las reglas del juego. Negarse a jugar el juego significa que los ministros de Corte que resuelven Baraona levanten la mirada de su auditorio por encima del artículo 56 de la Ley de Reforma Agraria y del juego de disposiciones legales al cual esa norma pertenece, y la coloquen sobre el mundo, allá afuera, para ver lo que la propiedad ha significado en Occidente cristiano. Negarse a jugar el juego significa que los ministros del Tribunal Constitucional levanten la mirada de su auditorio por encima del juego del articulado transitorio de la Constitución y la enfoquen sobre el riesgo de ilegitimidad política que corre la nueva institucionalidad si es que el plebiscito no cuenta con Tribunal Calificador de Elecciones.

Para ganar por afuera del juego, el orador entonces tuerce o se salta las reglas del juego definidas por la dominación; tuerce o se salta las reglas epistemológicas y axiológicas, vale decir, las verdades y los valores definidos por la dominación —¡Oh escándalo!— seduciendo al auditorio con artes que se entienden de las malas por ser otras que las del juego. El ideal del retórico, entonces, es un ideal de poder, no un ideal de verdad o virtud, vale decir, no el ideal de verdad y virtud que sostiene el juego a ser subvertido. Si tiene éxito, entonces logra efectivamente hacer más fuerte *en el hecho* aquella posición que *en el juego dominante* era la más débil.

Tal como se acusa.

En síntesis, la retórica no es recetario de trucos, sino camino de desarrollo del orador. Camino con tres desvíos tramposos que, de no estar el caminante atento, lo dejarán extraviado e inofensivo en una senda equivocada. Primero, ese desvío que trivializa la retórica pretendiendo que no es más que adorno accesorio para *presentar* pensamiento traído de mejores lugares. Si cae en esta trampa, el aprendiz se desviará hacia los recetarios de “presentaciones efectivas” y similares cuya oferta en el mercado abunda, sin siquiera sospechar que el arma más efectiva de la retórica es su estilo de pensamiento. Segundo, el desvío hacia una retórica enjaulada por alguna lógica, aunque sea liviana, que la ata de manos para que no juegue su juego “irracional” de la efectividad fundante pero no fundada. Si el orador cae en esta trampa, pronto se encontrará dedicando su tiempo y energía a prácticas políticamente estériles, como criticar falacias y recons-

truir lógicamente argumentos, sin ver que el mundo que importa pasa por su lado movido por las prácticas sociales de persuasión que simplemente son. Y, tercero, ese desvío hacia lo inofensivo que resulta de deslegitimar moralmente la retórica como habilidad de mala calaña destinada a defender lo indefendible. Si se pierde en este desvío, el orador abandonará toda audacia y jugará juegos de estética sólo con los ideales de verdad y virtud que la dominación define, sin ver que con ello no hace otra cosa que allanarse a jugar con dados cargados por otros.

Como de seguro reconocerá más de un lector si revisa la percepción que siempre ha tenido de la retórica, estos tres desvíos han dejado su marca en mucho discurso docto de la historia: mera decoración; salvable sólo cuando hay lógica subyacente que ha faltado explicitar; éticamente ambigua si no abiertamente inmoral.

Eppure, si muove. Porque en la ciudad, la retórica no es sólo estilo de discurso, sino, sobre todo, estilo de pensamiento. Estilo de pensamiento no fundado a partir de razones, sino fundante a partir de la efectividad oratoria. Estilo de pensamiento fundante desde la efectividad oratoria, que no respeta ideales de conocimiento o de valor, sino que configura un ideal de poder. Un ideal de poder que no intelectualiza ni moraliza un dilema de acción colectiva, sino que lo *politiza*. O sea, lo *civiliza*.